

LA HISTORIA DE LAS COSAS

DE CÓMO NUESTRA OBSESIÓN POR LAS COSAS
ESTÁ DESTRUYENDO EL PLANETA,
NUESTRAS COMUNIDADES Y NUESTRA SALUD.
Y UNA VISIÓN DEL CAMBIO.

Annie Leonard

Con Ariane Conrad



FONDO DE CULTURA ECONÓMICA
MÉXICO - ARGENTINA - BRASIL - COLOMBIA - CHILE - ESPAÑA
ESTADOS UNIDOS DE AMÉRICA - GUATEMALA - PERÚ - VENEZUELA

Primera edición en inglés, 2010
Primera edición en español, 2010

Leonard, Annie

La historia de las cosas : de cómo nuestra obsesión por las cosas está destruyendo el planeta, nuestras comunidades y nuestra salud. Y una visión del cambio . - 1a ed. - Buenos Aires : Fondo de Cultura Económica, 2010.
392 p. ; 23x16 cm. - (Tezontle)

Traducido por: Lilia Mosconi
ISBN 978-950-557-850-4

1. Política ambiental. 2. Medio ambiente. I. Mosconi, Lilia, trad. II. Título
CDD 320.6

Armado de tapa: Juan Balaguer
Ilustraciones de tapa e interiores: Free Range Studios
Foto de solapa: Christy McDonald

Título original: *The Story of Stuff. How our Obsession with Stuff is Trashing the Planet, our Communities, and our Health—and a Vision for Change*
ISBN de la edición original: 978-1-4391-2566-3

© 2010, Annie Leonard

Publicado por acuerdo con el editor original, Free Press, de Simon & Schuster, Inc.

D.R. © 2010, FONDO DE CULTURA ECONÓMICA DE ARGENTINA, S. A.
El Salvador 5665 / 1414 Buenos Aires
fondo@fce.com.ar / www.fce.com.ar
Carr. Picacho Ajusto 227; 14738 México D.F.

ISBN: 978-950-557-850-4

Comentarios y sugerencias:
editorial@fce.com.ar

Fotocopiar libros está penado por la ley.

Prohibida su reproducción total o parcial, por cualquier medio de impresión o digital, en forma idéntica, extractada o modificada, en español o en cualquier otro idioma, sin autorización expresa de la editorial.

IMPRESO EN ARGENTINA - *PRINTED IN ARGENTINA*
Hecho el depósito que previene la ley 11.723



Índice

Agradecimientos.....	11
Clave de los gráficos recurrentes	15
Introducción.....	17
Una palabra sobre las palabras	39
I. Extracción	45
II. Producción	91
III. Distribución.....	161
IV. Consumo	203
V. Desecho	245
Epílogo. Escribir una historia nueva.....	305
Apéndice 1. Ejemplos de políticas, reformas y leyes prometedoras	323
Apéndice 2. Acciones individuales aconsejables.....	331
Apéndice 3. Ejemplo de carta a minoristas, fabricantes y lobistas del PVC.....	337
Notas	341
Índice de nombres y conceptos	375
Cómo hicimos este libro.....	387
Acerca de las autoras	388
Acerca de <i>La historia de las COSAS</i>	389

Introducción

Crecer en la verde y cautivante ciudad de Seattle durante los años setenta era una experiencia idílica, pero el verdadero deleite llegaba en el verano, cuando mi familia y yo amontonábamos los bártulos de camping en la camioneta y enfilábamos hacia la deslumbrante Cordillera de las Cascadas. Como en aquellos días aún no había DVD en el asiento trasero, durante el viaje miraba por la ventanilla y me sumergía en una atenta contemplación del paisaje. Año a año notaba que los minicentros comerciales y las casas se extendían un poco más lejos, mientras que los bosques iban menguando y empezaban más adelante. ¿Adónde iban a parar mis adorados bosques?

Encontré la respuesta a esa pregunta unos años más tarde en la ciudad de Nueva York, ni más ni menos. El campus del Barnard College, donde cursaba mis estudios sobre medio ambiente, estaba en la calle 116 Oeste del Upper West Side de Manhattan, y mi dormitorio en la calle 110 Oeste. Todas las mañanas, recorría las seis cuadras con paso cansino, con la mirada fija en esos montículos de basura que festonean las calles de Nueva York al romper el alba. Diez horas más tarde, cuando caminaba de regreso a mi residencia de estudiantes, las aceras estaban vacías. La cuestión me intrigaba. Comencé a fisgonear para ver qué había en esas interminables pilas de basura. Increíble... En su mayor parte eran papeles.

¡Papeles! Ahí era donde iban a parar mis árboles. (De hecho, aproximadamente el 40% de los residuos municipales de Estados Unidos consiste en productos de papel.)¹ Los árboles salían de mis bosques del Pacífico Norte, llegaban a las veredas del Upper West Side de Manhattan y... ¿adónde iban después?

De repente sentí una gran curiosidad. No podía quedarme ahí; necesitaba descubrir adónde iba a parar el papel que desaparecía día a día del borde de la vereda. Entonces hice una excursión al infausto vertedero de Fresh Kills, en Staten Island. Con su extensión de 11,9 kilómetros cuadrados, Fresh Kills era uno de los basurales más grandes del mundo. En 2001, año de su cierre oficial, se decía que esa montaña hedionda era la estructura más grande que la mano humana hubiera erigido en el planeta, con un volumen mayor que el de la Gran Muralla China y picos que le llevaban 24 metros de altura a la Estatua de la Libertad.²

Nunca había visto nada igual. Me quedé en el borde, completamente desconcertada. En todas direcciones, hasta perderse en el horizonte, había restos de sillones, electrodomésticos, cajas de cartón, carozos de manzanas, ropa, bolsas de plástico, libros y toneladas de las COSAS* más diversas. Me sentía como si estuviera frente a un sangriento accidente automovilístico, con deseos contradictorios de volver la cabeza y clavar la vista al mismo tiempo. Ésa era la sensación que me causaba el basural. Yo había crecido con una madre soltera en el período inmediatamente posterior a la Depresión: una madre que había instilado en sus hijos el sentido del respeto por la calidad en desmedro de la cantidad. Un poco por su filosofía de vida y otro poco por necesidad económica, mi juventud quedó marcada por aquel dicho popular de la Segunda Guerra Mundial: “Úsalo, gástalo, arréglalo o arréglate sin él”. En mi casa no abundaban los desechos ni el consumo superfluo. Disfrutábamos de todo lo que teníamos, lo cuidábamos bien y conservábamos cada objeto hasta que se hubiera extinguido su última gota de utilidad.

Justamente por eso, las montañas de materiales útiles reducidos a basura que ahora veía en Fresh Kills me resultaban incomprensibles: eran un terrible despropósito. ¿Quiénes habían establecido ese sistema? ¿Cómo podían permitir que continuara en pie las personas que sabían de su existencia? Por entonces se trataba de un enigma, pero me juré desentrañarlo. Después de dos décadas de trabajo detectivesco, cuando por fin descubrí la respuesta, lo llamé “la historia de las COSAS”.

Interrelaciones

El viaje por la historia de las COSAS me llevó por todo el mundo –en misiones de investigación y organización comunitaria para organizaciones ambientalistas como Greenpeace, Essential Action y la Alianza Global por Alternativas a la Incineración [Global Alliance for Incinerator Alternatives, GAIA]–, no sólo para ver más basurales, sino también para visitar minas, fábricas, hospitales, embajadas, universidades, establecimientos agrícolas, oficinas del Banco Mundial y pasillos gubernamentales. Conviví con familias en aldeas indígenas tan aisladas que a mi llegada corrían a mi encuentro madres y padres desesperados en la creencia de que por fin había arribado la médica internacional –en su visita *anual*– que venía a curar a su hijo. Conocí a familias enteras que habitaban en basurales de las Filipinas, Guatemala y Bangladesh, alimentándose de las sobras y viviendo de los materiales que extraían de esas colinas humeantes y fétidas. Visité paseos de com-

* En la edición en inglés, la autora usa el término *Stuff* (“cosas” en el sentido de pertenencias) con inicial mayúscula para destacar la palabra en el sentido específico y central que adquiere en el libro. En la traducción decidí usar versalitas para no recurrir a la inicial mayúscula, que en español no se utiliza tanto como en inglés para poner de relieve un sentido particular. [N. de la T.]

pras en Tokio, Bangkok y Las Vegas... tan grandes, brillantes y plásticos que me hacían sentir como un personaje de *Los Supersónicos* o *Futurama*.

En todas partes me hice una y otra vez la misma pregunta: “¿Por qué?”. En todas partes indagué sin pausa, cada vez a mayor profundidad. ¿Por qué los basurales son tan peligrosos? Por las sustancias tóxicas que hay en la basura. Entonces, la primera pregunta es: ¿por qué hay sustancias tóxicas en los productos que llegan a la basura? Para responder a esta pregunta tuve que aprender sobre sustancias tóxicas, química y salud ambiental. ¿Por qué la mayoría de los basurales están situados en comunidades de bajos ingresos, donde vive y trabaja mucha gente de color? Esta pregunta me llevó a aprender sobre racismo ambiental.

Además, ¿por qué es tan rentable trasladar fábricas enteras a otros países? ¿Cómo es posible vender por un par de dólares un producto que recorre distancias tan grandes? De repente me vi en la necesidad de zambullirme en la lectura de tratados internacionales de comercio y analizar la influencia de las corporaciones en las regulaciones gubernamentales.

Y aún quedaba otra pregunta: ¿por qué los artículos electrónicos se rompen tan pronto y por qué es más barato reemplazarlos que repararlos? Entonces aprendí sobre obsolescencia planificada, publicidad y otros instrumentos que se usan para promover el consumismo. A primera vista, cada uno de estos temas parecía separado del siguiente, desligado de los demás, a gran distancia de aquellas pilas de basura acumulada en las calles neoyorquinas, y más lejos aun de los bosques de mi infancia. Sin embargo, al indagar se descubre que todo está vinculado.

El viaje me convirtió en una “pensadora sistémica”; es decir, comencé a creer que todo existe como parte de un sistema más abarcador y debe entenderse en relación con las otras partes. No se trata de un marco singular. ¿Recuerdan los lectores la última vez que tuvieron fiebre? Probablemente se habrán preguntado si el origen de la fiebre era una bacteria o un virus. La fiebre es una respuesta a un elemento extraño que se introduce en el sistema del cuerpo. Si no creyéramos que nuestro cuerpo es un sistema, tendríamos que buscar una fuente de calor bajo la frente recalentada o algún interruptor que se giró accidentalmente y le subió la temperatura. En biología aceptamos con facilidad la idea de sistemas múltiples (como el circulatorio, el digestivo, el nervioso) compuestos de partes (como las células o los órganos), así como el hecho de que esos sistemas interactúan unos con otros en el interior del cuerpo.

Todos aprendimos en la escuela cómo funciona el ciclo del agua, es decir, el sistema que transporta el agua, a través de sus diferentes estados –líquido, vapor y hielo sólido–, por toda la Tierra. Y también aprendimos qué es la cadena alimentaria, es decir, el sistema en el cual, por dar un ejemplo sencillo, el plancton es

alimento del pez pequeño, que a su vez es alimento del pez más grande, que a su vez es alimento del ser humano. Entre esos dos sistemas, el del ciclo del agua y el de la cadena alimentaria –aunque uno sea inanimado y el otro esté formado por seres vivos–, se produce una interacción importante, porque los ríos y océanos del primero proporcionan el hábitat para las criaturas del segundo. Esto nos lleva al ecosistema, compuesto de partes y subsistemas físicos inanimados, como la roca y el agua, y partes vivas, como las plantas y los animales. La *biosfera* de la Tierra –otro nombre del ecosistema entero del planeta– es un sistema que existe dentro de algo mucho más grande, que llamamos *sistema solar*.

La economía también funciona como un sistema, y es por eso que puede producirse un efecto dominó en su interior, como ocurre cuando muchos se quedan sin trabajo y, por lo tanto, reducen sus gastos, lo cual implica que las fábricas no pueden vender tantas COSAS, y en consecuencia se producen más despidos... que es exactamente lo que ocurrió en 2008 y 2009. El pensamiento sistémico en relación con la economía también explica una teoría como la del “goteo”, según la cual se otorgan diversos beneficios –como la reducción de impuestos– a los ricos para que inviertan más en sus negocios y empresas, lo cual a su vez, hipotéticamente, crea más empleos para las clases medias y bajas. Si esas partes (el dinero, los empleos, las personas de distintas clases sociales) no funcionaran dentro de un sistema, no habría fundamento para la teoría del goteo ni para las creencias sobre la interacción entre la oferta y la demanda. En todos estos ejemplos se presupone un sistema abarcador con partes interrelacionadas.

Otra manera de decir que todo existe como parte de un sistema que lo abarca (incluidos los propios sistemas) es decir que *todo está interrelacionado*.

Es curioso: la mayoría de las trayectorias profesionales parten de un interés general que se especializa cada vez más con los años de educación, capacitación e implementación práctica. Esta especialización creciente cuenta con una fuerte validación profesional. En mi caso, sin embargo, el camino fue inverso: primero me sentí fascinada –e indignada– por la cuestión de la basura, específicamente por las bolsas llenas de COSAS que se apilaban en las calles de Nueva York. Después de graduarme en ciencia ambiental, conseguí empleo en Greenpeace International, que me contrató para rastrear el destino y el impacto de todos los desechos que se embarcan en Estados Unidos rumbo a otros países. Mi tarea consistía en investigar y detener el vertido estadounidense de desechos en el extranjero.

Nunca dejaré de sentirme agradecida con Greenpeace. Fundada sobre el principio cuáquero del testigo –la idea de que ver el delito con los propios ojos crea la responsabilidad moral de informar a los demás y ponerse en acción–, Greenpeace me proveyó de una computadora portátil y una capacitación rudimentaria para

después lanzarme al mundo con el propósito de que presenciara el tráfico de residuos y contara lo que había visto. Sin embargo, como la mayoría de las instituciones, Greenpeace dividía el trabajo en áreas específicas, de modo que cada uno de nosotros trabajaba en una suerte de silo, desvinculados unos de otros: sustancias tóxicas, océanos, bosques, armas nucleares, ecosistemas marinos, organismos genéticamente modificados, clima, etc. La organización cultivaba una fuerte cultura de experticia específica. Por ejemplo, la gente que se ocupaba de sustancias tóxicas poseía un saber impresionante sobre su tema –hasta los internos eran capaces de recitar de un tirón las estructuras moleculares de los compuestos orgánicos clorados y explicar su impacto en la salud ambiental– y llevaban adelante su tarea con gran determinación, excluyendo a los demás. En aquella época no dedicábamos mucho tiempo a dilucidar las vinculaciones entre los problemas que cada uno intentaba resolver con tanta dedicación.

A principios de los años noventa, comencé a viajar por todas partes para trabajar con aliados de otros países. Por entonces me enorgullecía de saber más sobre tráfico internacional de desechos que cualquier otra persona que no integrara mi equipo de Greenpeace. Pero cuanto más viajaba, más advertía la enorme cantidad de cosas que no sabía ni comprendía. Lo primero que me causó gran impresión fue la amplia gama de tareas que llevaban a cabo los activistas de la India, Indonesia, las Filipinas, Haití y Sudáfrica, por ejemplo. Conocí a muchísima gente que trabajaba en una mescolanza mayúscula de asuntos: agua, bosques, energía, e incluso la situación de las mujeres y el comercio internacional. Al principio, di por sentado que mis colegas de otros países se veían obligados a abarcar una gran cantidad de asuntos porque el personal era escaso; me compadecía de ellos porque tenían que hacer tareas múltiples mientras yo me daba el lujo de dedicar toda mi atención a un solo problema. Luego de un tiempo, tuve una revelación: todos esos temas estaban interrelacionados. Mientras desenmarañaba los hilos que llevaban de un tema a otro, comprendí que la cuestión de la basura –o cualquier otro problema particular, para el caso– no puede resolverse en aislamiento. La dedicación exclusiva a un asunto particular no me daba buenos resultados; por el contrario, retardaba mi capacidad de entender el contexto del problema, de ver el cuadro general. Lejos de distraerme de mi progreso, aprender sobre otras cuestiones me permitiría hacer grandes avances.

Y así pasé de husmear en bolsas de basura a examinar los sistemas globales de producción y consumo de bienes manufacturados, o bien lo que los académicos llaman *economía de los materiales*. Comencé a trabajar cruzando una y otra vez la frontera entre dos disciplinas que para el mundo moderno no sólo están nítidamente separadas, sino también mal avenidas: el medio ambiente (o la ecología) y la economía. Pero los lectores ya habrán adivinado: no sólo se trata de dos siste-

mas interrelacionados, sino que uno es un subsistema del otro, así como el ecosistema terrestre es un subsistema del sistema solar.

El problema es que muchos ecologistas en realidad no quieren ocuparse de la economía. Los ecologistas tradicionales se dedican de lleno al adorable oso que está en peligro de extinción o a los majestuosos bosques de secuoyas o a las reservas naturales adonde van para olvidarse de cosas desagradables como la bolsa de valores. Las especies en peligro de extinción y los lugares prístinos no tienen nada que ver con las estructuras de fijación de precios o los subsidios gubernamentales para la minería o los acuerdos de comercio internacional, ¿verdad? (¿Cómo? ¿Que tienen mucho que ver?) Por otra parte, los economistas clásicos sólo ven en el medio ambiente un conjunto ilimitado de materias primas baratas o *gratuitas* que sirven para abastecer el crecimiento de la economía. Ah, y también un lugar donde de vez en cuando aparecen latosos activistas que cuestionan la instalación de una nueva fábrica porque se les ocurrió proteger el hábitat de la musaraña del bosque.

Sin embargo, la economía es en realidad un subsistema del ecosistema terrestre, su biosfera. Es sencillo: todos los sistemas económicos –el trueque, la esclavitud, el feudalismo, el socialismo y el capitalismo– son invenciones humanas. Como los seres humanos apenas somos una de las numerosas especies que habitan la Tierra (una especie poderosa, es cierto, dotada de escritura y de armas), cualquier invención nuestra es un subsistema del ecosistema terrestre. Una vez que entendemos esta cuestión (que no es opinión mía, sino un hecho liso y llano), accedemos a nuevas percepciones.

Cada vez más cerca de los límites

La más importante de estas nuevas percepciones es la de los límites. Para que un sistema exista dentro de otro, el subsistema tiene que adecuarse a las restricciones del sistema matriz. Todos hemos contemplado alguna vez las fotografías de nuestro bonito planeta azul visto desde el espacio, ¿verdad? La superficie de esta inmensa roca que consideramos nuestro hogar es de poco más de 510.101.000 kilómetros cuadrados (aproximadamente dos tercios de los cuales están cubiertos de agua).³ Si quisiéramos medir la circunferencia de la Tierra por la línea del ecuador, necesitaríamos una (larga) cinta métrica de aproximadamente 40.075,16 kilómetros.⁴ La reserva total de agua –en todos sus estados– es de 1.359 millones de kilómetros cúbicos.⁵ Eso es todo lo que tenemos. Las dimensiones y la capacidad de la Tierra se mantienen estables. Ello significa que las cantidades de suelo, agua, aire, minerales y otros recursos que proporciona el planeta tienen un *límite*. No se trata de una opinión, sino de un dato fáctico.

Sé que resulta fácil olvidar estos datos, dada la vida que lleva la mayoría de nosotros, los habitantes de Estados Unidos o de otras naciones ricas de la Tierra.

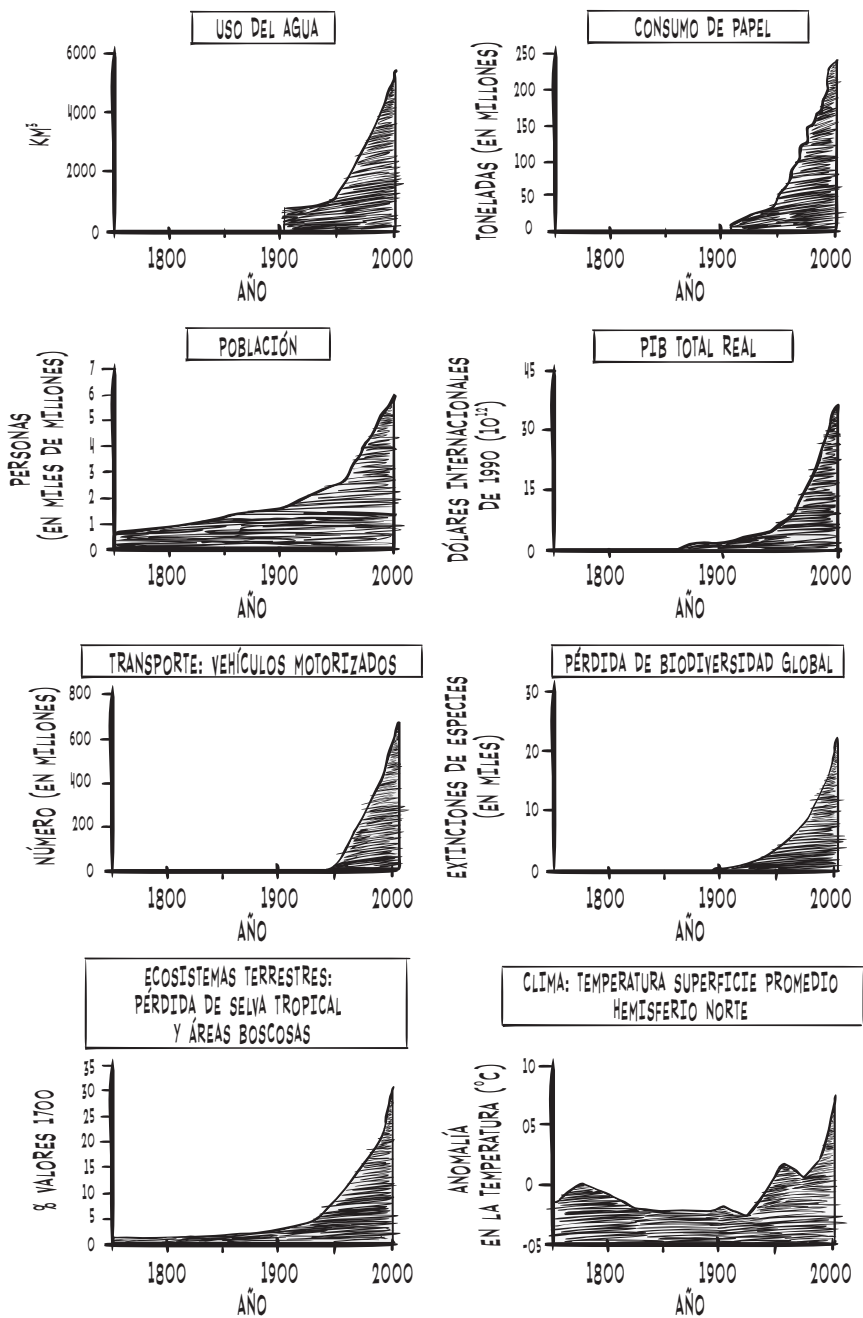
¿Cómo podríamos saber que el suelo está degradándose o que en los océanos hay cada vez menos peces? Pocos de nosotros tenemos la oportunidad de ver los sembradíos donde crecen los cultivos que comemos o las redes que extraen los peces del agua, por no hablar de los lugares y los procesos de fabricación de nuestras camisetas, computadoras portátiles, libros y otras cosas. Desde el lugar donde trabajo, en mi confortable casita de Berkeley, California, el mundo se ve bastante bien: hace buen tiempo y la vasta selección de alimentos que se ofrecen a la venta no ha disminuido por el hecho de que el estado de California padezca una sequía hace ya varios años. Si la cosecha de frutas es magra este año, seguirán llegando manzanas de Chile. *No te preocupes, sé feliz.*

Sin embargo, los informes de científicos confiables de todo el mundo cuentan otra historia. La evidencia de la crisis ambiental es ahora tan abundante que sólo quienes están seriamente comprometidos con la negación continúan refutando los datos fácticos. Mientras los economistas y los políticos tradicionales parecen ciegos a los patentes límites físicos, hace ya varias décadas que ecologistas, científicos, académicos y demás vienen expresando su preocupación.

Hay (literalmente) cientos de libros e informes, provenientes de incontables fuentes confiables y fidedignas, que documentan el estado actual del planeta. He aquí unos pocos datos a destacar:

- En julio de 2009 ya había 387,81 partes por millón (ppm) de dióxido de carbono (CO₂) en la atmósfera. Científicos destacados de todo el mundo han establecido la cantidad de 350 ppm como el nivel máximo que puede contener la atmósfera para que el planeta permanezca tal como lo conocemos.⁶
- En todos los cuerpos que se analizan hoy en día en cualquier lugar del mundo, incluidos los bebés recién nacidos, aparecen sustancias químicas industriales y agrícolas de carácter tóxico.⁷
- La contaminación del aire en interiores mata a 1,6 millones de personas por año; el aire exterior se lleva otras 800 mil vidas anuales.⁸
- Aproximadamente un quinto de la población mundial –más de 1.200 millones de personas– padece escasez de agua, recurso que se torna cada vez más escaso.⁹
- La desigualdad global de ingresos es pasmosa. En la actualidad, el 1% más rico del mundo concentra tantas riquezas y cosas como el 57% más pobre.¹⁰

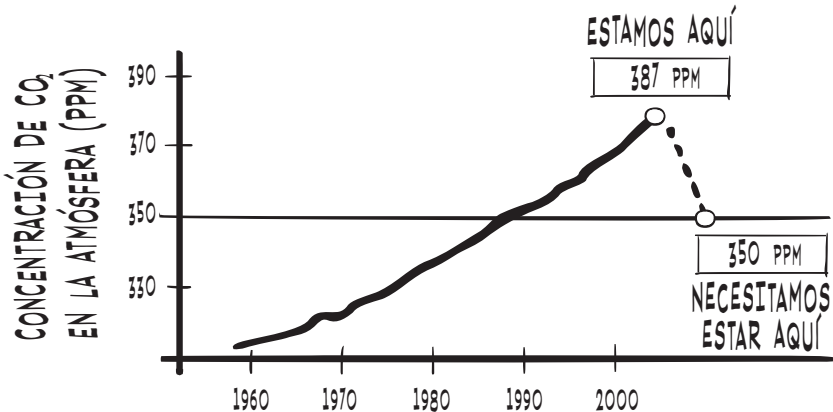
Entonces, ¿qué ocurre cuando hay un subsistema como la economía que crece de forma continua en el interior de un sistema de tamaño fijo? Se choca contra la pared. Nuestro expansivo sistema económico está alcanzando los límites de la capacidad que tiene el planeta para sostener la vida. Las proyecciones de los econo-



Fuente: W. Steffen et al., *Global Change and the Earth System: A Planet Under Pressure*, 2005.

mistas indican que, con las tasas de crecimiento actuales y previstas, los países desarrollados crecerán entre el 2% y el 3% anual, mientras que China y la India lo harán entre el 5% y el 10% anual.¹¹ Con la generación actual de volúmenes mundiales de bienes y servicios ya estamos produciendo más de cinco veces (cerca de seis, en realidad) el nivel de emisiones de CO_2 que necesitaríamos reducir hacia 2050 para evitar el caos climático total.¹²

Sí, estamos en problemas. Y a eso es preciso agregarle el impacto necesario para elevar el nivel de vida de los pobres del mundo (que implica inevitablemente el aumento de sus emisiones de CO_2). Con la sobrecarga de dióxido de carbono que ya causamos en la frágil atmósfera terrestre, sumada a nuestra demanda de todos los otros servicios y recursos vitales que nos brinda la Tierra, estamos presionando el planeta más allá de sus límites.



Fuente: J. Hansen *et al.*, “Target atmospheric CO_2 : Where should humanity aim?”, 2008, en <http://www.350.org>.

En pocas palabras, si no redirigimos nuestros sistemas de extracción y producción, si no cambiamos el modo en que distribuimos, consumimos y desechamos nuestras cosas –el modelo que consiste en sacar-fabricar-tirar–, la economía tal como es matará al planeta. Mientras escribo estas palabras llegan noticias significativas: los mercados financieros colapsaron y fueron resucitados sólo parcialmente gracias a los vastos rescates de Washington/Wall Street; los precios de los alimentos son erráticos y causan miseria tanto entre los agricultores como entre los hambrientos del mundo; los niveles de dióxido de carbono suben a proporciones que amenazan la vida, y recursos como el petróleo, el pescado y el agua dulce se tornan más escasos día a día.

En vista de estos datos sombríos y de la pertinacia del problema, sé que es tentador hacer oídos sordos, darse por vencido y resignarse al estado de las cosas.

Una amiga me dijo que la lectura de esta información le da ganas de ir de compras, porque es un alivio inmenso encontrarse en una situación donde el mayor desvelo es ver si los zapatos hacen juego con la cartera. Los habitantes del mundo, y en especial los pobres, no reaccionan ante esta crisis. Y no es para menos... Tienen que ocuparse de las pandemias de gripe, de tormentas monstruosas, del desempleo y de las ejecuciones hipotecarias. El punto es que no tenemos alternativa. En palabras de Joseph Guth, abogado, bioquímico y director jurídico de la Red de Ciencias y Salud Ambiental [Science and Environmental Health Network]: “*Nada es más importante para los seres humanos que la existencia de una biosfera terrestre que funcione ecológicamente y sostenga la vida. Éste es el único lugar habitable que conocemos en un universo intimidante. Todos dependemos de él para vivir y estamos obligados a compartirlo; es nuestro único hogar. [...] La biosfera de la Tierra parece casi mágicamente adecuada para la vida humana, y en efecto lo es, pues los seres humanos hemos evolucionado durante millones de años de íntima inmersión en ella. No podemos vivir una vida larga o buena sin una biosfera que funcione bien, y en consecuencia, ella vale todo lo que tenemos*”.¹³

Soluciones fragmentarias

Mientras que los grandes desafíos están interrelacionados y atraviesan todo el sistema, las respuestas suelen ser parciales, focalizadas en una sola área, como el avance de las tecnologías, las restricciones al crecimiento de la población o el freno al consumo de recursos.

Los proponentes de soluciones tecnológicas, por ejemplo, creen que las tecnologías más limpias, “verdes” e innovadoras aportarán tanta eficiencia a nuestra actividad industrial y económica que resolverán todos nuestros problemas. Señalan que la destrucción ambiental se reduce cada vez más por unidad de actividad (por dólar de producto interno bruto o por tonelada de producto fabricado). Y no se equivocan. Muchas tecnologías se están volviendo más eficientes. No obstante, ese progreso se cancela por el hecho de que –al menos hasta el desastre económico de 2008– se produjo un mayor crecimiento absoluto generalizado: hay más personas que extraen, usan y desechan más COSAS. (Incluso la caída en la producción que tuvo lugar entre 2008 y 2009 fue relativamente pequeña, y si las tendencias del pasado sirven de guía, pronto revertiremos hacia el crecimiento.) Entonces, el impacto ambiental adverso generalizado continúa incrementándose, cualquiera sea la mayor eficiencia tecnológica.

Las tecnologías “verdes” o ecológicas no nos salvarán porque abordan un solo aspecto del problema. El impacto colectivo que causamos en el planeta –la rapidez con que alcanzamos los límites de la capacidad que tiene la Tierra para sostenernos– resulta de una combinación de factores: cuántos somos, qué tipo de tec-

nologías usamos y cuánto consumimos. En términos técnicos, esta combinación se representa con la ecuación $I=PAT$, que fue concebida en la década de 1970 en el marco de los debates entre el bando que creía que las tecnologías y los patrones de consumo eran el factor clave de la destrucción ambiental y el bando contrario, según el cual el problema era causado por el aumento de la población. La ecuación $I=PAT$ –en la cual I representa el impacto, P es la población, A es la afluencia o prosperidad* (es decir, el consumo) y T representa las tecnologías– reconoce la interacción entre todos los factores mencionados. La ecuación nos ayuda a ver cómo pueden interactuar estos factores; *en líneas generales*, podemos disminuir nuestro impacto reduciendo la población y/o mejorando las tecnologías. En líneas generales, pero no siempre: no si las otras variables anulan el cambio. Por ejemplo, menos personas que consumen muchas más COSAS siguen incrementando el impacto. Más personas que consumen menos COSAS podrían disminuir el impacto. Hay muchas posibilidades de interrelación entre las variables.

No quiero decir con esto que el crecimiento de la población total no forme parte del problema: basta con mirar esas gráficas con forma de palo de hockey que se exhiben en la página 24 para advertir que una de las grandes razones por las cuales en los últimos cincuenta años se ha usado y consumido más de todo (árboles, minerales, agua dulce, productos pesqueros, etc.) es el aumento exponencial de la población mundial: ahora somos muchos más. Nos llevó 200 mil años (hasta principios del siglo XIX) alcanzar los 1.000 millones de habitantes; luego necesitamos poco más de un siglo (1960) para llegar a los 3.000 millones, y desde entonces nos hemos más que duplicado, con nuestro guarismo actual de 6.700 millones, que va en aumento.¹⁴

Sin embargo, la historia indica que las intervenciones destinadas a estabilizar la población global suelen provenir de las regiones del mundo que consumen en exceso, y en general han pasado por alto la vasta desigualdad en los patrones de consumo. La mayoría de los lugares cuya población se expande rápidamente usan muy pocos (demasiado pocos) recursos. En contraste, la pequeñísima franja de población que posee el grueso de la riqueza mundial (la franja superior de la pirámide, que representa del 1% al 5%) produce la mayor parte de los gases de efecto invernadero y otros factores de la destrucción ambiental. Es importante tener en cuenta que cualesquiera estrategias que resolvamos democráticamente emplear a fin de estabilizar la población deben basarse en un compromiso inquebrantable con los derechos humanos, en especial los derechos de las mujeres, y con la equidad.

No sabemos cuál es la verdadera capacidad portante del planeta, pero sabemos que no se trata de un número inflexible: depende de nuestros niveles y patro-

* En inglés, *affluence*. [N. de la T.]

nes de producción y consumo. Ello plantea serias cuestiones de equidad en la distribución de los recursos y juicios de valor en relación con la cantidad que se considera suficiente. ¿Debemos preguntarnos a cuánta gente puede sostener el planeta en el nivel estadounidense de consumo o en el nivel bengalí de consumo? Más importante aun, ¿quién decide la respuesta?

Estas cuestiones son complejas, pero necesitamos conversar sobre ellas y decidir la respuesta en conjunto. Necesitamos hacerlo porque no cabe duda de que alcanzaremos el límite de la capacidad portante del planeta: estamos yendo en esa dirección. Y una vez que crucemos la línea, habrá llegado el final de juego. *Dependemos de este planeta para comer, beber, respirar y vivir. Nuestra prioridad número uno debe ser la de dilucidar cómo mantendremos en funcionamiento el sistema que sostiene nuestra vida. Nada importa más que encontrar una forma de vivir juntos –justa, respetuosa, sostenible, feliz– en el único planeta que podemos considerar nuestra casa.*

Si lo que se interpone en el camino es el hecho de que esta invención humana –la máquina de sacar-fabricar-tirar que rige el crecimiento económico– se nos ha ido de las manos, nada es más lógico que considerar la idea de desmantelar y reconstruir la máquina, mejorándola con todo lo que aprendimos en las décadas precedentes.

Es el crecimiento económico, estúpido

En líneas generales, el concepto de crecimiento económico se refiere a un incremento en la actividad económica total (comercio, servicios, producción, consumo: todo), que también implica un incremento en la cantidad de recursos naturales que se extraen del suelo, atraviesan la economía, se transforman en productos y regresan al suelo en forma de desechos. Dicho con sencillez, significa *más*. Más COSAS. Más dinero. Tal como suena, crecer significa volverse más grande.

Ahora bien, el crecimiento económico debería ser un medio de valor neutral para alcanzar las metas reales: satisfacer las necesidades básicas de todos y crear comunidades más sanas, una mayor igualdad, energía más limpia, una infraestructura más sólida, culturas más vibrantes, etc. Durante mucho tiempo, el crecimiento contribuyó a esas metas fundamentales, aunque es importante recordar que a menudo requirió la explotación de unas personas por otras. Hace un siglo, cuando aún había vastas franjas de campo abierto, el modelo de crecimiento trajo caminos, casas, calefacción central y panzas llenas. Y así es la situación actual en gran parte del mundo. De hecho, tenemos suficientes COSAS para satisfacer las necesidades básicas de todos los habitantes del planeta; el problema es que no están bien distribuidas. No nos faltan COSAS: lo que nos falta es compartirlas.

Gran parte del problema que enfrentamos hoy en día radica en el hecho de que el sistema económico dominante valora el crecimiento como meta en sí

misma, por sobre todo lo demás. Por eso usamos el producto interno bruto –el PIB– como medida estándar del éxito. El PIB computa el valor de los bienes y servicios que se producen anualmente en un país, pero omite algunas facetas importantes de la realidad. Para comenzar, no da cuenta de la distribución desigual e injusta de la riqueza ni presta atención al nivel de salud, satisfacción o realización de las personas. Es por esta razón que un país puede experimentar un crecimiento continuo a un ritmo del 2% o el 3% sin que el ingreso de sus trabajadores se incremente en lo más mínimo durante el mismo período: la riqueza se atasca en un sector del sistema. Dave Batker, director de Earth Economics y discípulo del destacado economista ecologista Herman Daly, compara el cálculo del PIB con el de un empresario que suma todos sus gastos y todos sus ingresos y luego los adiciona en un “número grande, mudo e inútil”. El tamaño del número no refleja en absoluto la situación real de la empresa.¹⁵

Otro grave problema con el cálculo del PIB es que no se toman en cuenta los verdaderos costos ecológicos y sociales del crecimiento. Las industrias suelen tener permiso (tanto en el sentido de los permisos gubernamentales como en el de no cargar con la responsabilidad) para “externalizar los costos”, frase eufemística que los economistas usan para decir que las empresas que se ocupan de producir y vender cosas no responden por los efectos colaterales que causan –como la contaminación de aguas subterráneas, la exposición de comunidades a agentes carcinógenos o la polución del aire– y ni siquiera están obligadas a monitorearlos.

El desarreglo es mayúsculo: mientras que el PIB incluye en la cuenta positiva las actividades que causan polución y cáncer (como las fábricas de pesticidas o de cloruro de polivinilo) y también las que limpian la polución y tratan el cáncer (como la recuperación ambiental y los servicios médicos), no hace deducciones por los agentes contaminantes introducidos en el agua o en el aire ni por la pérdida de bosques. En su libro *Deep Economy* [Economía profunda], Bill McKibben da un ejemplo del mundo real que demuestra las falencias del PIB en la medición del éxito: en una región africana, el jacinto de agua –una planta que no era autóctona– obstruía las vías fluviales desde hacía años, problema que los herbicidas no solucionaban. Más tarde se descubrió que el jacinto seco era un material excelente para cultivar hongos altamente nutritivos, y que cuando los hongos descomponían la celulosa de los jacintos se creaba un medio ideal para las lombrices de tierra. Al digerir esa materia, las lombrices generaban un fertilizante de alta calidad, y luego servían de alimento para las gallinas. Las gallinas ponían huevos, que a su vez servían de alimento para las personas, mientras que sus deposiciones podían usarse para alimentar biodigestores que producían energía, lo cual a su vez reducía la necesidad de talar bosques para conseguir leña en las ya deforestadas tierras de aquella región africana. Como esta solución implica una reducción de las transacciones

monetarias –como la compra de fertilizante–, la medición del PIB en realidad indicaría una disminución del “crecimiento”.¹⁶ Sin embargo, cualquier observador que tenga ojos, cerebro y corazón verá con claridad que la solución basada en el ciclo del jacinto-hongo-lombriz-gallina es un auténtico progreso: saludable y sensato.

Para los poderes reales –los jefes de gobierno y la industria–, la meta indiscutida de nuestra economía es el incremento constante del PIB, es decir, lo que se conoce como “crecimiento”. El crecimiento como meta ha suplantado a las metas reales, las metas que el crecimiento supuestamente nos ayudaría a alcanzar. Y muchos hemos llegado a ver –algo que me propongo explicitar con claridad en este libro– que la estrategia de centrarse en el crecimiento por el crecimiento mismo suele socavar las metas reales. Una enorme cantidad de factores que hoy en día se consideran pasos en dirección del “crecimiento” –toneladas de bienes tóxicos de consumo, por ejemplo– mina el producto neto de nuestra seguridad, nuestra salud y nuestra felicidad. A pesar de que el crecimiento avanza y a pesar de todos nuestros adelantos tecnológicos, científicos y médicos, hoy en día hay más hambrientos que nunca, la mitad de la población mundial vive con menos de 2,50 dólares por día y la inequidad de los ingresos aumenta dentro de los países y entre países.¹⁷

La profunda e inquebrantable fe que nuestra sociedad deposita en el crecimiento económico se basa en el supuesto según el cual el crecimiento infinito es tan bueno como posible. Pero ninguno de estos dos predicados es verdadero. No podemos implementar un subsistema económico expansivo (sacar-fabricar-tirar) en un planeta de tamaño fijo por tiempo indefinido: en muchos frentes ya nos hemos acercado peligrosamente al límite de nuestro planeta finito. En consecuencia, el crecimiento económico infinito es imposible. Tampoco ha resultado ser, una vez satisfechas las necesidades humanas básicas, una estrategia para incrementar el bienestar humano. Después de cierto punto, el crecimiento económico (más dinero y más cosas) cesa de hacernos felices. Es decir, si todos lo pasáramos bien y disfrutáramos de tiempo libre, risas y bienestar, podríamos llegar a la conclusión de que valió la pena destrozar el planeta en pos del crecimiento. Sin embargo, la mayoría de nosotros no lo pasamos bien; lejos de ello, sufrimos de altos niveles de estrés, depresión, ansiedad e infelicidad.

Bien. ¿Listos para lo que viene? Voy a decir lo siguiente: esta crítica del crecimiento económico es una crítica de muchos aspectos del capitalismo tal como funciona en el mundo actual. Ya está. Dije la palabrita: “capitalismo”. Es el sistema económico-que-no-debe-nombrarse.

Al escribir el guión del video *The Story of Stuff* [*La historia de las cosas*], me propuse describir lo que había visto durante los años en que me dediqué a reco-

rrer “la ruta de la basura”, visitando fábricas y basurales, y aprendiendo cómo se fabrican, usan y desechan las COSAS en todo el mundo. Cuando inicié aquel viaje no se me había pasado por la cabeza sentarme a pensar una manera de explicar los defectos del capitalismo. Lo que originariamente me proponía investigar no era la economía, sino la basura. En consecuencia, al principio me sorprendió que en algunas reseñas se describiera el video como “una crítica ecológica del capitalismo” o como “anticapitalista”. ¿Era así? ¿Realmente? Entonces corrí a desempolvar mis viejos libros de economía para releer las características principales del capitalismo. Y me di cuenta de que esas reseñas habían dado en el clavo. Resulta que un análisis riguroso del modo en que fabricamos, usamos y desechamos las COSAS revela algunos problemas bastante profundos causados por las principales funciones de un sistema económico llamado *capitalismo*. No hay vuelta que darle: el capitalismo, tal como funciona en la actualidad, no es sostenible.

Gus Speth, abogado y ex asesor presidencial, escribió en su libro *The Bridge at the Edge of the World* [El puente en la orilla del mundo] que “un elemento inherente a la dinámica del capitalismo es el poderoso impulso de generar ganancias, invertirlas, innovar, y así hacer crecer la economía, típicamente a tasas exponenciales. [...] Después de muchas pesquisas y considerable renuencia, llegué a la conclusión de que la mayor parte del deterioro ambiental es el resultado de fallas sistémicas del capitalismo que tenemos en la actualidad, y que las soluciones de largo plazo deben buscar el cambio transformador en las características principales de este capitalismo contemporáneo”.¹⁸

No obstante, en Estados Unidos aún nos resistimos a mencionar este tema innombrable por temor a ser tildados de antipatriotas, poco realistas o dementes. En otras partes del mundo se reconoce ampliamente que algunos aspectos del capitalismo no funcionan bien para la mayor parte de la población mundial ni para el planeta; se habla de este asunto abiertamente. Michael Cohen, profesor de estudios estadounidenses en la Universidad de California, dice que ello se debe a que en otros países se considera que el capitalismo es una entre muchas opciones, mientras que en Estados Unidos se lo ve como una inevitabilidad.¹⁹

¿Podemos poner el capitalismo sobre la mesa y hablar de él con el mismo rigor intelectual que consideramos oportuno al analizar otros temas? ¿Podemos examinar las fallas del capitalismo sin caer en viejos estereotipos generacionales y sin que se nos acuse de “antipatriotas”? Negarse a hablar del asunto no elimina el problema. Creo que la mejor manera de honrar a nuestro país es señalar cuándo ha extraviado el rumbo, en lugar de hacer silencio mientras empeoran muchos índices económicos, ambientales y sociales. Éste es un buen momento para indagar acerca de lo que podríamos hacer de otra manera y de lo que podríamos hacer mejor.